

La primera bajada de Biel

Aquella mañana, la montaña parecía una tarta de nata gigante. El sol hacía brillar la nieve, los pájaros volaban entre los pinos y el aire olía a frío y aventura.

Biel miraba la pista de esquí con los ojos como platos. Hacía semanas que esperaba ese día, la primera vez que bajaría solo por la pista pequeña. Llevaba el casco rojo flamante, los guantes azules y unos esquís que aún olían a tienda.

—¡Venga, campeón! —dijo su padre—. Te lo sabes de memoria: rodillas flexionadas, brazos adelante y… sobre todo, no te preocupes si te caes.

Pero Biel no escuchaba mucho. Sólo veía aquella bajada blanca y larga que parecía no acabar nunca.

Cuando puso los esquís sobre la nieve, el corazón le latía fuerte. Hizo un pequeño impulso… y empezó a descender.

Primero, todo iba bien. El viento soplaba en sus mejillas y se sentía como un pájaro. Pero, de repente, los esquís fueron demasiado rápido. Intentó frenar, pero los bastones se le enredaron y… ¡plof! Cayó de culo sobre la nieve.

Durante un momento, quedó tumbado, mirando al cielo. Todo era blanco, silencioso y frío. Le daban ganas de llorar.

Pero entonces escuchó una vocecita a su lado. Era Clàudia, una niña con bufanda amarilla que también había caído.

—Yo también me he caído tres veces —dijo riendo—. ¡Pero cada vez bajo un poco más lejos!

Biel la miró, y sin saber por qué, empezó a reír también. Ambos se levantaron, se quitaron la nieve del pantalón y volvieron a subir con el remonte.

En la segunda bajada, volvió a caer. En la tercera, casi llegó al final. Y en la cuarta… ¡completó toda la bajada! Con los brazos abiertos, el corazón contento y una sonrisa mayor que la montaña.

Su padre le recibió abajo con un aplauso.

—¿Lo ves, Biel? En la vida, como en el esquí, si caes, te levantas y continúas.

Biel miró la pista y vio sus huellas marcadas sobre la nieve, como un camino dibujado por su valentía. Y mientras el sol empezaba a ponerse detrás de las montañas, pensó que aquél había sido el mejor día de su vida.